

CASI NADA, CASI NADIE: EFECTOS SOCIALES DE LAS PROMESAS DE UNA TRANSFORMACIÓN URBANA EXCLUYENTE

Silvano Adrián De la Llata González

División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Arquitectura de la UAT

silvanodelallata@hotmail.com

Existen sectores urbanos que por su carácter marginal producen entornos inadecuados para el progreso en la visión de la modernidad. Su erradicación por medio de la reubicación o simple evacuación de sus habitantes y la recuperación o destrucción de sus inmuebles produce un estado de malestar que se manifiesta en forma de violencia y consecuente más abandono y deterioro del barrio. Bajo la premisa de que en estos lugares no existe “casi nada o casi nadie” se llevan a cabo programas de renovación que en la mayoría de los casos no incluyen a los antiguos moradores del barrio. La certeza de la destrucción de una cultura barrial y su espacio vital resta al “lugar existencial” su carácter histórico y de identidad. La justificación de la virtual ausencia de inmuebles y gente en un espacio para su eventual transformación obedece más a que bajo la visión de los gobiernos y desarrolladores lo que hay en estos sitios y quienes habitan en ellos valen justamente “casi nada”. Se proponen proyectos que den soluciones incluyentes para los moradores de estos barrios y sus inmuebles que los puedan incorporar a la realidad socioeconómica de la ciudad precisamente mediante la potenciación de sus diferencias locales.

INTRODUCCIÓN

Un no-lugar entendido como “un espacio que no puede definirse, ni como espacio de identidad, ni como relacional ni como histórico”(Augé, 1998) no solo se produce deliberada y expresamente como un efecto directo de la sobremodernidad que se vive en las ciudades, sino que también puede generarse al ir perdiendo un espacio su condición de lugar paulatinamente.

En el proceso de modernización de las ciudades iniciado desde finales del siglo XVIII y a cuya continuidad hasta el siglo XX David Harvey (1991) ha llamado el *Proyecto de la Ilustración*, se ha puesto especial atención en la erradicación de zonas consideradas como indeseables por sus características físicas, sociales y culturales. Se emprende un titánico esfuerzo a partir de comienzos del siglo XIX por erradicar de las ciudades de Europa y América “‘lo feo’, lo que ‘entristece’ y lo que puede causar ‘repulsión’” (Estrada, 2001).

Bajo la idea de que no hay “casi nada”, puesto que los inmuebles se encuentran en un avanzado grado de abandono y deterioro y no vive “casi nadie”, en referencia a la baja densidad urbana en relación con su capacidad, los urbanistas y desarrolladores han percibido estos sitios como virtuales hojas en blanco para el diseño de proyectos más acordes a la modernidad. Esta aparente ausencia de usos productivos en sectores ha sido inducida deliberadamente por una cultura de la segregación y desigual distribución de los servicios sociales en los niveles de vivienda, espacios públicos y transporte (Lojkine, 1981) ha causado que estos espacios sean susceptibles de ser virtualmente absorbidos para la edificación de otros más dóciles con el tejido urbano.

La promesa de una vida mejor de la que en la mayoría de los casos no serán participes los actuales habitantes del barrio y la incertidumbre en cuanto a el momento definitivo de la reubicación o evacuación definitiva produce un

malestar y vacío que se reflejan en la vida cotidiana (Lefebvre, 1972). Al existir una certeza de la destrucción del espacio-lugar, que existió en cuanto fue usado y atravesado (Delgado, 2001), este pierde paulatinamente su carácter de “espacio antropológico” en cuanto su memoria en el espacio será destruída (Augé, 1998).

Los efectos de la evidente susceptibilidad de reconstrucción para un barrio y sus habitantes son muy diversos y tienen implicaciones directas o indirectas en zonas aledañas o lejanas al barrio. Las consecuencias del intento de erradicación de un grupo social son muy variadas y van desde el ambulante, el graffiti y la manifestación social como “acciones de reivindicación” (Castells, 1985) hasta la violencia e inseguridad no necesariamente en el sitio afectado directamente. La violencia estructural ejercida por los gobiernos o mercados se ve equiparada eventualmente por violencia cotidiana (Wacquant, 2001)

La idea de que no exista “casi nada o casi nadie” en un sitio como justificación para el cambio de uso urbano o abierta erradicación de un grupo social devela que la valoración sobre la gente y su entorno en estos barrios obedece más bien a que lo que existe en ellos no vale “casi nada” y quien los habita no es “casi nadie”.

GENEALOGÍA DE LA SEGREGACIÓN URBANA MODERNA

Desde el inicio del proceso de la “cristalización del proyecto de la Ilustración” (Harvey, 1990), iniciado a finales del siglo XVIII Occidente a planteado aproximaciones en torno a sus paradigmas de planeación urbana. Pese a que estos han sido revisados continuamente a lo largo de más de dos siglos, existe una constante que pervive desde los albores de la Modernidad decimonónica: la erradicación de grupos sociales prescindibles y sus entornos urbanos.

A lo largo del XIX se implantaron distintas políticas de higiene urbana en las ciudades europeas y americanas, que iban desde la limpieza física de las calles y la definición de espacios públicos respecto de los privados hasta la segregación y eventual eliminación de sectores habitados por los llamados “indeseables”. En este grupo era conformado por prostitutas, ladrones, homosexuales, niños expósitos, ancianos, inválidos y todo aquel individuo que pudiera causar vergüenza y tristeza a los visitantes o locales (Estrada, 2001).

El principal blanco de vigilancia de los ayuntamientos eran los barrios empobrecidos ubicados en las afueras de las ciudades (Ar. barrí = afueras de la ciudad). Una de las primeras medidas de higiene urbana fue el establecimiento de distintos radios de control que impedían y permitían usos y actividades a ciertos sectores de la ciudad. En el caso mexicano estos no solo dieron continuidad a las ya segregadas ciudades coloniales, sino que las organizaron en cordones concéntricos en los que la exclusión no solo fue exacerbada sino especializada.



Inmuebles en notable estado de abandono los vuelven susceptibles de

A principios del siglo XX fue claro que el sistema de radios de exclusión estrangulaban a la ciudades, debido a que la población se encontraba en constante crecimiento y estos debían ampliarse indefinidamente. Debido a esto en el periodo entreguerras se hace una importante revisión al sistema de radios y se vislumbra una nueva forma de organización de la ciudad basada en la “fragmentación generalizada de las ‘funciones urbanas’ diseminadas en zonas geográficamente distintas cada vez más especializadas: zona de oficinas, zona industrial, zona de viviendas, etc. Es lo que la política urbana ha sistematizado y racionalizado con el nombre de *zoning* (cursivas del autor)” (Lojkine, 1981: 160-161). Igual que el sistema de radios decimonónico el zoning, sustentado en los postulados del racionalismo moderno, conserva la idea de la identificación, contención y nulificación de grupos sociales indeseables. Esto es evidente en la década de los sesenta y setenta en Estados Unidos donde en nombre de la llamada *Renovación urbana* (Castells, 1985) se emprende una “lucha contra los tugurios” y por “romper los ghettos” (Castells, 1985). Con el pretexto de regenerar zonas cuyo deterioro y abandono frenan el paso a la hegemonía de la modernidad se desalojan de sus viviendas a los habitantes de los barrios deprimidos. Pero “cuando se han demolido tugurios, no han sido cualesquiera tugurios, sino los que contribuían directamente al mantenimiento de una subcultura cuya oposición cada vez mayor pone en peligro a la sociedad americana” (Castells, 1985: 348).

Castells (1985) continua planteándose la interrogante de si es o no pertinente dejar que la gente de estos barrios siga habitando en condiciones miserables y advierte que estas acciones dejan pasar por alto deliberadamente cualquier estrategia de reubicación:

“¿Hay que dejar entonces a las gentes habitar en condiciones miserables? Manifiestamente no, pero la cuestión no está ahí. Porque una vez demolidas estas casas ¿A dónde va esta gente? Dejemos de lado todo el problema de la destrucción de la ‘vida comunitaria’, tantas veces idealizada, y preguntémonos más simplemente ¿A dónde va? Y aquí la segunda serie de datos tiende a constatar el fracaso de la renovación urbana desde el punto de vista

del impacto sobre el problema de la vivienda. (...) porque una aureola de misterio rodea los datos estadísticos sobre la vivienda de los personajes desplazados por los proyectos de renovación urbana.” (Castells, 1985: 343)

Finalmente concluye que el déficit de vivienda generado a partir del desalojo y la demolición de los “tugurios” esta basado en una supuesta “resistencia al cambio” de sus habitantes, que se oponen a ser reubicados bajo cualquier circunstancia.

POSTMODERNIDAD Y NUEVOS MODELOS DE SEGREGACIÓN.

Luego del fracaso de la modernidad, cuya acta de defunción David Harvey (1990) sitúa en 1972, con la demolición de los grandes complejos de vivienda de interés social de tipología racionalista-funcionalista, nacen nuevos modelos de segregación urbana basados igual que antaño en el valor de la tierra como “instrumento de producción” (Lojkine, 1981) pasivo. En la ciudad postmoderna una vez más “el fenómeno de la segregación, producido por los mecanismos de formación de los precios de la tierra, determinados a su vez, según nuestra hipótesis, por la nueva división social y espacial de trabajo” (Lojkine, 1981: 160)

Pueden distinguirse claramente tres tipos de segregación en este modelo: “una oposición entre el centro, donde el precio de los terrenos es más elevado, y la periferia. El papel clave de los efectos de aglomeración explica para nosotros la importancia de esta “renta de situación. una separación creciente entre las zonas y viviendas reservadas a los estratos sociales más acomodados y las zonas de viviendas populares (...)y el zoning” (Lojkine, 1981: 161)

De las muchos sectores en transición, que se encuentran deprimidos y que en pos de la modernidad se hacen planes para su aniquilación física y reubicación social se analizarán en este ensayo dos de ellos: los barrios antiguos deteriorados y las invasiones y colonias en zonas de protección ambiental.

Barrios bajos.

En el siglo XX basados en la premisa de la existencia de una *infraclase* que tiene conductas antisociales y vive en desorganización (Wacquant, 2001) se continuó con la campaña de la erradicación de los barrios bajos para la construcción de espacios destinados a distintos usos considerados productivos y renovadores para la ciudad.

La justificación más común para la erradicación de estos espacios ya sea mediante la evacuación (con o sin plan de reubicación) de sus habitantes, recuperación de los inmuebles o reconstrucción (previa demolición) ha sido la del abandono y deterioro del espacio construido y la ruptura en el tejido social provocada por practicas llamadas antisociales. Loïc Wacquant afirma que la teoría de la *infraclase* es falsa y que “para producir esta extraña formación discursiva, (...)cuya función primordial es aislar y proteger a la sociedad “dominante” (...) fue necesario, en primer lugar, que los mismos proponentes de la mitología de la *infraclase* se alejaran estudiadamente del gueto a fin de “teorizarlo” desde lejos y desde arriba, y solo a través del escudo tranquilizador del aparato burocrático de investigación. ” (Wacquant, 2001: 44) Y afirma que en el ghetto no se vive de manera antisocial o desorganizadamente sino organizados “de manera diferente” (Wacquant, 2001).

Anderson (1981) los describe quizás acertadamente de manera general como:

“un zona intermedia de aparente carácter estático, rodeado de zonas en proceso de cambio. O, en la perspectiva del tiempo, es una zona de habitación en una posición intermedia entre un mejor uso inicial y un nuevo uso del espacio por venir. Muchos escritores le dan una connotación maligna al termino. En realidad, el barrio bajo no esta caracterizado en todas sus implicaciones en términos injuriosos, ni toda la culpa de ciertas personas:

propietarios de terrenos o políticos. Sin duda, se puede culpar a los individuos por ciertos aspectos del barrio bajo, pero es demasiado culparlos de su existencia. Esto se vuelve visible cuando enumeramos algunas de las características de los barrios bajos.” (Anderson, 1981: 244)



Fiesta patronal en el barrio de San Antonio Puebla

Las generalizaciones respecto de su apariencia, conformación de su población, nivel socioeconómico y condición moral han sido las principales acusaciones en contra de estos denominados barrios bajos y bajo estos pretextos se han emprendido nuevas campañas de reubicación y desalojo.

“En este sentido la falta de previsión y de instrumentos adecuados para apoyar los procesos sociales se resuelve mediante la protesta y la presión política a la que generalmente cede el gobierno, fortaleciendo el círculo vicioso de la irregularidad mediante la regularización que lleva a nuevas irregularidades. En el peor de los casos, se echa mano al desalojo o la represión como salida a la impotencia, a la carencia de recursos y a la falta de voluntad para utilizar instrumentos fiscales, financieros y administrativos que pueden prever, apoyar y canalizar las demandas sociales. “ (Eibenschutz, 2007: 71)

Por otro lado los barrios bajos históricos son también vinculados con cosmopolitismo y diversidad, ya que incorporan un bagaje cultural que es apreciado aun en cuando estos presentan estado de deterioro. “El barrio será para algunos el lugar para empezar a subir, mientras que para otros será la última parada de su camino hacia abajo” (Anderson, 1981: 246). Es justamente este valor patrimonial lo que los convierte en espacios de gran potencial para los desarrolladores inmobiliarios.

Para ejemplificar en lo anterior es pertinente hacer mención del caso del histórico barrio de San Antonio en el centro de la ciudad de Puebla. Este barrio de profundas raíces indígenas que desde su fundación en el siglo XVII se ubicó en la periferia de la ciudad, reunía todas las prácticas sociales indeseables imaginables por encontrarse siempre fuera de cualquier radio de control higiénico en el siglo XIX hasta que finalmente en la primera zonificación en la segunda década del siglo XX fue convertido en una zona de tolerancia. Posteriormente y como condición para la declaración de la ciudad como patrimonio de la Humanidad por la UNESCO se decidió clausurar la zona de tolerancia dejando el barrio en un estado de total abandono y deterioro. Luego a partir de la década de los ochenta el barrio se convirtió en albergue para una colección de actividades ilícitas que iban desde la venta de drogas y armas hasta la práctica de la prostitución. Sin embargo por encontrarse dentro de los límites del perímetro señalado como zona patrimonial y dentro del marco del plan parcial del Paseo de San Francisco los inmuebles del barrio han revelado una plusvalía impresionante que se manifiesta en el interés de los inversionistas y desarrolladores inmobiliarios.

En este sentido los habitantes del barrio manifiestan una creciente desconfianza al encontrarse sus inmuebles en un contexto inmobiliario privilegiado que aunque pretende rescatar gran parte de los inmuebles no deja claro la inclusión de los antiguos moradores en el marco del proyecto.

En casos como este “los habitantes de cada entidad se refugian en el interior de sus islas de convivencia restringida, segregan sus vidas cotidianas y , como resultado intencional e impuesto a la vez, forman grupos sociales autosuficientes que se desconectan cada vez más de un sentido de lo urbano y lo común, que valore el espacio público como el ámbito de la coexistencia y la integración cultural” (Von Wissel, 2007: 74). Los moradores del barrio han emprendido una retirada del barrio basada en la inseguridad y la violencia cotidiana que se produce a través de “la condición física de la segregación, el resultado construido de las acciones sociales segregativas, (que) ha multiplicado la distancia entre los habitantes y sus diferentes grupos subculturales, destruyendo la conciencia y el espacio común de la civitas.” (Von Wissel, 2007: 74).

En algunos casos los empresarios se han establecido en inmuebles históricos recuperados del barrio y dan la espalda a las viviendas que ahí existen, por medio de bardas, cercas y un evidente contraste en el lenguaje arquitectónico imperante. “Cada vez mas grupos buscan auto-encerrarse en un espacio privatizado, el desprecio del espacio público y la cimentación de la segregación, crean un círculo vicioso, en el que sólo se reproducen más y más espacios inseguros, empeorando la situación en vez de mejorarla. (Von Wissel, 2007: 74).

Para la integración de espacios fragmentados por la segregación Von Wissel (2007) propone las siguientes estrategias de integración:

“sobreponer (negritas del autor) diferentes usos sociales en un mismo espacio, estructurar (negritas del autor) el espacio para crear nichos individuales, anudar (negritas del autor) los flujos cotidianos mediante el establecimiento de caminos y lugares y transformar (negritas del autor) el significado de los elementos espaciales ya existentes para cambiar la percepción que tiene la gentes de su entorno construido.” (Von Wissel, 2007:77)

Periferias.

Habiendo quedado dentro del radio de los centros históricos los barrios que antaño representaban la periferia de las ciudades, se han fincado nuevos asentamientos llamados irregulares que igual que los cambiantes cordones de control son expulsados cada vez más hacia afuera. Es en este crecimiento expansivo y desplazamiento de periferias donde se dan también renovadas formas de segregación.

“Es curioso observar como en los últimos tiempos se viene dando un fenómeno particular en la periferia metropolitana que pretende sustituir los tradicionales procesos de asentamiento irregular al que recurre generalmente la población de menores recursos ante la falta de opciones legales al alcance de su capacidad económica, con las secuelas de corrupción y costo social y ambiental por todos conocidas, por el desarrollo “legal” de grandes conjuntos habitacionales que se construyen en la periferia urbana.” (Eibenschutz, 2007: 71)

Recientemente y como resultado de esta expansión aquellos que han sido desalojados desde adentro de la ciudad (algunos de ellos antiguos habitantes de los barrios bajos) o atraídos desde el campo por las promesas de bienestar de la misma se han establecido en zonas vulnerables a los efectos ambientales, como barrancas y márgenes de arroyos y ríos. “Las movilizaciones urbanas están encabezadas por una multiplicidad de actores organizados, con identidades diferentes y que, en la mayoría de los casos, tienen una definición clara del adversario y del tema puntual de contradicción. Estos actores sociales, por lo general emergen de las filas de los “excluidos” o “prescindibles” para el nuevo modelo de acumulación. Se encuentran con frecuencia arrojados fuera de las estructuras sistémicas institucionales. Habitan los espacios “baldíos” que el plan de desarrollo de la ciudad debe llenar y significar.” (Soto, 2004: 29)

Es claro que el sistema contempla estos movimientos urbanos y saca provecho de ellos, ya que la reubicación de estos grupos sociales implica un beneficio para los desarrolladores inmobiliarios, que tienen la oportunidad de lucrar con el suelo vía la especulación:

“El espacio urbano tiene además un valor de cambio, es una mercancía, y como tal está sujeta a un proceso de reproducción y de apropiación (...) de tal suerte, la vivienda es un bien escaso y de difícil acceso, por lo que *los pobres han aportado una solución alterna* (cursivas del autor) a los problemas que plantea la vida en aglomeración y a su no plena participación en el ciclo productivo característico de la ciudad capitalista” (Aguilar, 1996: 27)

Del mismo modo el habitante de zonas vulnerables, después de haber sido reubicado más de una vez aprende a reconocer patrones que revelan el carácter cíclico de esta situación, por lo que (consciente o inconscientemente) usan estos mecanismos de supervivencia, que en muchos de los casos son inevitables. Así, “el análisis de la distribución, el equipamiento y el destino del espacio en la ciudad capitalista, permite observar una gran diversidad de respuestas, que hablan de la amplia variedad de recursos aplicados a sus diferentes sectores.” (Aguilar, 1996: 26)

En *La ciudad que construyen los pobres*, Iñigo Aguilar Medina (1996) describe como las clases proletarias atraídas por las promesas de modernidad de la ciudad o expulsados por sus desencantos sobreviven. Las clases dominantes obtienen beneficios de la condición de irregularidad de estos sectores que a todas luces se convierten en virtuales hojas en blanco para la planeación de desarrollos inmobiliarios:

“Pero tal parece que la expresión clásica de los marginados de la traza urbana de la ciudad en la América hispana se da a través de la tenencia ilegal de la tierra, donde construyen, con el y en el desecho urbano, su hábitat: *la ciudad perdida* (cursivas del autor)(...) Sin embargo, la ciudad capitalista ha encontrado la forma de apropiarse de este recurso al ‘legalizar’ la tenencia de la tierra; de esta manera, al convertirla en mercancía la lanza al mercado, y la ciudad perdida deja de serlo para convertirse en colonia popular. Para ello despaja vía impuestos a sus primeros habitantes y constructores y se apropia de la plusvalía así producida, y los pobres se ven obligados a recomenzar el ciclo en otro punto del espacio urbano (...) En resumen, la ciudad perdida no es un problema para el desarrollo de la ciudad industrial y capitalista, ni se mantiene de manera permanente al margen

de esta. Es una forma de producir espacio urbano y de producir capital; es la expresión urbana de una situación de desigualdad” (Aguilar, 1996: 28)

Un ejemplo reciente puede dar luz a las anteriores afirmaciones. Durante las recientes lluvias veraniegas del año en curso en las márgenes del Río Pánuco y la Laguna del Chairel, donde se han registrado niveles de inundación por encima de lo ordinario, en la zona metropolitana de la ciudad de Tampico y el norte del Estado de Veracruz se han emprendido campañas de desalojo y reubicación en vista del peligro en que los habitantes de estas colonias se encuentran. En la mayoría de los casos los moradores han rehusado evacuar sus viviendas hasta el último momento. Se ha incluso contemplado la evacuación definitiva de estos asentamientos vulnerables, que pese a toda suposición, en muchos casos cuentan con escrituras del predio. La idea de ser reubicados produce una obvia “resistencia al cambio” (Castells, 1981), no tanto por el desalojo sino por la incertidumbre que les produce la total ausencia de espacios para la reubicación. La reubicación que ha de hacerse muy seguramente en viviendas provisionales no es sino una continuación de las condiciones en las que actualmente viven, excepto que ha de ser en un espacio sin significación histórica para ellos (muchos de los moradores son pescadores o están vinculados al negocio de la pesca, la reubicación al interior del la zona metropolitana significaría un cambio devastador en su estilo de vida). Por otro lado el creciente establecimiento de complejos viviendas vacacionales a orillas de los cuerpos de agua ha generado sospecha en los moradores, pues una vez desalojados estos terrenos antaño un obstáculo para la modernidad pueden adquirir una plusvalía importante.

La sensación de inseguridad respecto de otras zonas igualmente pobres, pero no tan vulnerables, generan un estado de incertidumbre que resta cada vez más identidad a un territorio, en tanto este puede convertirse en algo distinto.

DESARRAIGO Y PERDIDA DE IDENTIDAD EN PROCESO.

Los no lugares, como se ha dicho líneas arriba pueden definirse como aquellos que carecen de sentido histórico y relacional. Marc Augé (1998) ha afirmado “la distinción entre lugares y no lugares pasa por la oposición del lugar con el espacio.” (Augé, 1998: 85), y pueden estar representados por todos aquellos sitios que pierde su condición de “lugar existencial”, que han perdido su memoria colectiva (o no la han tenido nunca, puesto que para eso han sido concebidos. Tales como salas de espera, cadenas departamentales, etc.). Sin embargo puede darse el caso de que un espacio vaya perdiendo paulatinamente su condición de lugar, de modo que sea percibido como un espacio cuyo uso en el futuro inmediato sea incierto. En los casos de los barrios bajos deteriorados y los asentamientos irregulares en zonas vulnerables se produce este fenómeno, ya que la sospecha (o certeza) de que han de convertirse en lugares distintos de lo que son y para ser habitados por gente ajena a ellos genera una sensación de desarraigo y consecuente pérdida de identidad en el espacio. Este fenómeno se repite en las ciudades en las zonas de alta plusvalía inmobiliaria, tales como bulevares, ejes viales y plazas comerciales, pero cuando ello se produce en el lugar de la vivienda y a nivel masivo, las consecuencias son aún mayores. A este proceso de pérdida paulatina de identidad urbana se ha llamado desterritorialización. Esta “representa la ruptura de vínculos con el territorio, el establecimiento de vínculos efímeros y utilitarios con el espacio de vida (...) se puede decir que el habitar deja de otorgarle seguridad al sujeto cuando toma la forma de un ‘estar’ en un lugar al cual no se pertenece. El estar implica que el lugar es vivido como un *locus* (cursivas del autor) o una localización.” (Lindón, 2003: 49-50)

Cuando este fenómeno se produce de forma extendida en un sector amplio de la ciudad podemos afirmar que se produce un estado de *atopía* (Pierre Bourdieu (1999) lo ha llamado también *dystopía*, que puede traducirse

como anti-utopía). “La atopía ha sido estudiada como una crisis de la territorialidad, casi siempre asociada con la alta movilidad cotidiana (...) La periferia pauperizada que analizamos torna más complejo el problema de la atopía ya que se asocia con la movilidad biográfica y no cotidiana...” (Lindón, 2003: 50)

En sectores como los analizados (sobre todo en el caso de las periferias) “son comunes los discursos que desacreditan el lugar, son reiteradas las expresiones ‘aquí no me voy a quedar’, ‘solo estoy aquí por ahora, mientras consigo otra cosa’, ‘nunca me gustó este lugar’, ‘aquí llegamos porque no había otra opción mejor’.” (Lindón, 2003: 50)

CONCLUSIÓN

En los sectores más vulnerables de la ciudad (no solo por su condición física, son en relación al mercado) se producen ciclos destructivos que encaminan territorios completos a la aniquilación de la memoria colectiva y por lo tanto a la pérdida de su condición de lugar: “La falta de pasado con relación al lugar es una ausencia de memoria del lugar (son migrantes y se sienten como tales). La falta de futuro con referencia al lugar (seguirán siendo migrantes sin interés en participar en la memoria del lugar).” (Lindón, 2003: 50). Estos ciclos son generados por una combinación de factores que incluyen el deterioro físico y social de los barrios y las potencialidades inmobiliarias que esto justamente genera. Sin embargo, sabemos que pueden ser reversibles. También se sabe que la solución a estos problemas se encuentra atada a otros, por lo que se requiere un análisis profundo de sus causas a nivel sistémico.

Una de las causas principales de este fenómeno se encuentra justamente en que el modelo de planeación urbana, basado en la segregación social, nunca ha sido realmente revisado desde los albores de la modernidad. La idea de propiciar una mezcla verdadera de distintos usos, razas, religiones y culturas en un mismo espacio ha sido históricamente deleznable y rara vez experimentada extendidamente. La separación y zonificación en sus distintas versiones se ha dado por la nula apuesta por la mixtura cultural y la homogeneización de oportunidades económicas en la ciudad. La falsa idea de que en los sectores vulnerables pocas cosas son rescatables ha sido promocionada deliberadamente por los inversionistas, de modo que tanto los investigadores como la sociedad civil no podrán darse el lujo de solamente teorizar estos espacios desde la comodidad de la distancia. Si la esperanza para estos sitios ha de ser, pese a todo pronóstico, la mezcla y la multiplicidad de usos de un espacio habrá que propiciar la mayor cantidad de intercambio social y urbano (a nivel de campo) posible.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR MEDINA, Iñigo, *La ciudad que construyen los pobres*, Plaza y Valdés/Instituto nacional de antropología e historia, México, D. F., 1996.
- ANDERSON, Nels, *Sociología de la comunidad urbana. Una perspectiva mundial*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1981.
- AUGÉ, Marc, *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una atropología de la sobremodernidad*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1998
- CASTELLS, Manuel, *La cuestión urbana*, Siglo veintiuno editores, México, 1985

- DELGADO, Manuel. “La Cultura de las Calles. El Espacio Público como escenario dramático” ; en Viladevall i Gausch, Mireia (coord.); *Ciudad, Patrimonio y Gestión*, Puebla, Secretaría De Cultura Puebla y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2001.
- EIBENSCHUTZ HARTMAN, Roberto; “¿Por qué ha fracasado la planeación metropolitana?” en *Piso 11(Revista de arquitectura y cultura urbana)*, México, 2007
- ESTRADA URROZ, Rosalina. “Espacios cuidados, segregados y prohibidos: La ciudad de Puebla e las tres primeras del siglo XX” en Viladevall i Gausch, Mireia (coord.); *Ciudad, Patrimonio y Gestión*, Puebla, Secretaría De Cultura Puebla y Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2001.
- HARVEY, David, *The condition of postmodernity*, Blackwell, Malden, 1990
- LEFEBVRE, Henri. *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid, Editorial Alianza, 1972.
- LINDÓN, Alicia, “Utopías, Atopías y construcción del lugar” en *CIUDADES*, RNIU, Puebla, 2003.
- LOJKINE, Jean, *El marxismo, el estado y la cuestión urbana*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1981.
- SOTO BADILLO, Oscar; “Crecimiento urbano y conflictividad en la periferia surponiente de la ciudad de Puebla”, en Álvarez Mora, Alfonso y Valverde Díaz de León, Francisco (coords.); *Ciudad, Territorio y Patrimonio: Materiales de investigación II*, Puebla, UIA y U. De Valladolid, 2004.
- VON WISSEL, Chistian; “Un paseo entre límites: Segregación socio-espacial y fragmentación urbana” en *Piso 11(Revista de arquitectura y cultura urbana)*, México, 2007.
- WACQUANT, Loïc. *Parias Urbanos*, Buenos Aires, Manantial, 2001.
- WACQUANT, Loïc. “De Norteamérica como una utopía al revés” en Bourdieu, Pierre; *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.